

COMENTARIOS SOBRE “EL ÁNGEL EXTERMINADOR”

El cine, y la literatura, ya ha tratado en múltiples ocasiones la decadencia de los valores que llamamos civilización, valiéndose los autores de comunidades de seres humanos cerradas, aisladas, por propia voluntad o no (“El señor de las moscas”). Seres humanos enfrentados crudamente a su ¿naturaleza?.

Buñuel en la película, muestra esto. Después de mostrar cómo los personajes, sin saber porqué, no pueden salir del espacio en el que se encuentran, empiezan a surgir, poco a poco, todo aquello que, normalmente, llevamos escondido en la “zona oscura”. Llevado allí por gracia del “pacto” realizado entre los individuos para dejar de ser “un ogro para otro” (Hobbes, *El leviatán*)

Es posible que Buñuel utilizara la metáfora de la falta de voluntad para no salir de la estancia en que se encuentran los personajes, para poder mostrarnos descarnadamente lo que somos capaces los humanos, en circunstancias adversas: escasez, falta de espacio... Como unos valores establecidos por el humano “Jeckyll” dejan de ser funcionales para el otro humano que llevamos dentro, “Hyde”. Aquél es complejo, producto de unos valores culturales que conforman una conducta social; éste, el “alter ego”, es un ser simple y brutal, pero libre y despojado de todo el ropaje de las apariencias el ser humano otra vez en el “estado natural” de Hobbes.

Eso que se ha llamado “decadencia”, sinónimo de “declive” y “deterioro”, en realidad es el “ocaso”, el fin de una “época”. En mi opinión, Buñuel refleja “aparentemente” el declive de una clase, la “burguesía”, eso es lo evidente, pero en realidad tanto la Historia como la Literatura nos han dado muestras de que el ser humano social, llevado a situaciones límite, se descompone para volver a recomponerse en unos nuevos tipos de relaciones, de convencionalismos que conforman una nueva forma de ver, una nueva “época”. Lo que sucede es que Buñuel por falta de presupuesto y de pretensiones lo ha representado en un grupo reducido de burgueses en un determinado espacio, y de una determinada ciudad

En *El ángel exterminador* es la burguesía la que se expone a esa “prueba”, como símbolo de la clase social detentadora y defensora de esos valores y que imponen al resto, por eso es la expuesta, pero que a su vez los hace pretendidamente diferentes como clase.

Habría que preguntarse por qué aparece entre los habitantes cautivos, el mayordomo, perteneciente a otra clase, cuando al principio de la película lo que se cuenta es cómo todos los componentes del servicio de la casa sienten el deseo, que ni ellos mismos aciertan a explicar con claridad, de irse de la casa.

Quizá la respuesta esté en lo que el propio autor declaró en una entrevista realizada sobre la película: “Desde luego no he introducido ni un solo símbolo en el film, y aquellos que esperen de mí una obra de tesis con un mensaje ¡pueden esperar! Pero que *El ángel exterminador* es susceptible de ser interpretado, qué duda cabe. Todos tienen derecho a interpretarlo como quieran. Hay quien le da una interpretación únicamente erótico-sexual. Otros, política. Yo le doy más bien una interpretación histórico-social”.

En realidad, y como dice el director aragonés, quizá no habría habido mucha diferencia si el encierro hubiera sido de un grupo obreros: *“sucedería algo muy semejante, con ligeras variaciones en la forma”*. Esta parábola le afecta a la especie humana en general. Se trata de la representación del fin de una época, como ya he dicho, de cuyos rescoldos saldrá una nueva, con otros valores que habrán de construirse.

Pero ello, no se hará de forma gratuita, ha de haber un “sacrificio”, ha de haber “un chivo expiatorio” que pague por los demás. En la película, de alguna forma nos muestra cómo es el personaje de la “virgen”, la que da la clave para salir de la estancia: volviendo al origen de la situación, obliga a todos a colocarse tal y como estaban cuando se inicia la decadencia.

El antropólogo francés, René Girard, trabajó, desde una perspectiva cristiana, el papel redentor de Cristo como víctima inocente, nos puede dar las claves para desentrañar la propuesta del cineasta aragonés, aunque éste sea anticlerical, y también de paso de buena parte de otros cineastas como Tarkovsky, que en su película “Sacrificio” utiliza uno de los argumentos centrales de la obra de Girard: la figura del “chivo expiatorio”, que expone en su obra “Literatura, mimesis y antropología”. En esa película como en la de Buñuel, hay una necesidad humana de volver a una situación dada para volver a renacer, y para ello se “ofrece” un sacrificio, en este caso de un niño, un inocente, algo todavía puro.

En El Ángel Exterminador es la figura de Leticia, a la que se la llama “la Walkiria” por su condición de virgen. Curiosamente, es gracias a la intervención de este personaje virginal, puro, el que da la solución para encontrar el camino de la liberación, evitando el “sacrificio” de la víctima propiciatoria: Nobile, el anfitrión.

En este punto es preciso dar cuenta de cómo utiliza Buñuel la violencia y la idea de libertad. En la película los personajes, según va transcurriendo el tiempo se ve como se van volviendo cada vez más agresivos los unos con los otros, verbal y hasta físicamente, pues se llegan a producir abofeteamientos y una pelea multitudinaria entre muchos de los aislados.

Otra vez René Girard nos puede ayudar a interpretar la utilización de estos conceptos en el film. El antropólogo francés dice que la razón primordial que lleva al ser humano a la violencia es el deseo, el deseo compartido con otro de una cosa ejerce violencia. Es un deseo mimético y contagioso, un deseo que en la película se quiere relacionar con el de conseguir la libertad. Salir de la habitación es lo que anhelan cada uno de los personajes y eso provoca la violencia. (Por cierto, Hobbess consideraba que el hombre se mueve continuamente para alcanzar sus deseos).

Por cierto, es el mismo anhelo de libertad de Buñuel que, como dice Ricardo Sanmartín en un artículo sobre el “El cine de Buñuel: pobreza, riqueza y libertad”: *“...tendremos que recordar aquí la cultura aragonesa de Buñuel que, al menos desde el siglo XIII, ha hecho del valor de la libertad principio rector en torno al cual se articulan la identidad y el imaginario colectivo”*. Así como el citado en ese mismo artículo, Carmelo Lisón, que opinaba: *“el cómo y cuándo de la libertad [importaba a los aragoneses] porque de su concepción e interpretación dependía tanto la libertad del individuo como la manera que consideraban digna y humana de vivir en sociedad”*.

Otro aspecto importante a tener en cuenta es la repetición de escenas y que se puede relacionar con lo dicho. La “indiferenciación” de los individuos se puede asimilar a ello. Se repite un brindis por parte del anfitrión, pero también hay “repeticiones”, no de escenas pero si en cuanto a lo que hacen unos personajes, es repetida la misma acción pero con una inversión de los papeles. Esta indiferenciación es la que se va propagando como una “peste” entre los personajes, que no deja de ser asimilable a la descomposición de un cuerpo, un cuerpo burgués en este caso, pero ampliable a cualquier otro cuerpo social. No es gratuita la colocación de una bandera amarilla en el exterior de la mansión.

Es curioso como Albert Camus, en su obra precisamente titulada “La peste”, realiza una metáfora, en principio de la ocupación Nazi en Europa, pero que se puede interpretar, tal y como se desarrolla la narración, como una “peste” de ideas que van poco a poco contaminando a toda la sociedad, y por inacción, por comodidad, se van sacrificando ideales, valores y hasta la propia libertad. No obstante, Camus no ve más esta inacción, ya que para él el hombre es bueno por naturaleza, sólo capaz del mal por ignorancia y soberbia.

Buñuel ha pergeñado una obra de arte a través de una técnica, el surrealismo, que es a tenor de lo dicho por su mentor, André Bretón, el encuentro de dos estados aparentemente contradictorios, el sueño y la realidad, en una especie de “realidad absoluta”, la surrealidad, expresando con ello el funcionamiento real del pensamiento, sin control ni razón, libremente frente a preocupaciones estéticas o morales.

Es curioso cómo la acción del surrealismo, una herramienta que nos puede poner una venda en los ojos para no ver la realidad, es el vehículo para superar el significante y hacernos dar con el significado, y acabar como espectadores la obra, tal como dice Susan Langer del símbolo artístico, *“es un símbolo inacabado”*, y que recoge Ricardo Sanmartín en su obra “Meninas, espejos e hilanderas”, en la que también afirma: *“Así pues, si es penetrando el símbolo como el usuario llega a la obra de arte, acabándola con esa participación suya,...”*

En este sentido Buñuel no aplica algo en moda en el arte entonces (el surrealismo), pero se hace entender en el contexto y ahora, porque entonces, año 62, su incipiente nueva realidad ha sido ya la nuestra. Desde finales de los años 50 se estaban produciendo en Méjico revueltas obreras y estudiantiles, manifestando un malestar social, una insatisfacción por un sistema que se estaba agotando en muchas facetas. Pero este malestar no era exclusivo de ese país, ya se estaba gestando en todas partes, y lo que era entonces una hinchazón terminó reventando en París, pasando por Praga, Washington, y el propio Méjico D.F. en 1968, con la matanza en la Plaza de las Tres Culturas, con la que reprimían un movimiento social en el que participaron desde estudiantes, hasta amas de casa.

Ricardo Sanmartín afirma, en la obra antes mencionada (“Meninas”), que toda obra es un conjunto que forma una “unidad”, con dos niveles: el primero, la relación entre todos sus elementos componentes; y, por otro lado, un vector que envía la obra o la refiere al exterior, al contexto. Es un, dice a continuación Sanmartín, *“contextualizar las obras y referirlas al horizonte en el que se crean y usan es pues indispensable para comprender los fenómenos que estudia la Antropología del arte”*.

Pero después de todo este esfuerzo por explicar una obra de arte, quizá el autor no quiso decir nada de esto, o más probablemente, no era su pretensión cuando la realizaba. Así, por ejemplo, la presencia de unos corderos y un osezo en la casa, Buñuel la dio a entender como una especie de broma que los anfitriones gastarían a sus comensales haciendo que los animales entren al comedor, junto al osezo. No obstante, la interpretación más plausible podría ser de una pretensión “sacrificial”, la del “cordero de Dios” que quita el pecado del mundo al ser derramada su sangre, que para los cristianos es la del Cristo crucificado, o la del cordero de Abraham que sustituyó en la pira a su hijo Isaac. Ello es lo que nos inspira la escena en la que Leticia entrega un puñal al anfitrión y venda a los ojos de uno de los corderos para sacrificarlo.

Y es que como dice Ricardo Sanmartín en su obra: *“A diferencia de la ciencia, a cuya realización llegamos con la argumentación del conocimiento discursivo y la explicación, le ocurre al arte como al chiste, que se desvirtúa y pierde toda su fuerza si hay que explicarlo”*, pues ante la obra no valen explicaciones sino tan sólo captar esa “intensidad” de la experiencia del ser y que A. Saura llamaba “belleza”.